

## Prólogo del editor

### I

**L**A figura de Charles George Harrison, nacido en 1855 en el distrito de san Lucas de Londres, es elusiva. Apenas se conocen detalles de su biografía. Perteneció a la alta Iglesia anglicana y fue el autor de tres obras de teología esotérica, a saber, esta que nos ocupa, cuya primera edición vio la luz en 1894, y con posterioridad *El credo para el siglo veinte* (1923) y *El cuarto misterio: nacimiento y muerte* (1929), esta última publicada poco antes de su fallecimiento en 1936. Fue también miembro de la *Berean Society*, que presidió al menos una vez en 1893, año en que se impartieron las lecciones que conforman esta obra. La Sociedad Bereana fue una asociación de “ocultistas teóricos” dedicada, según explica nuestro autor, al estudio de las Escrituras. Tomó su nombre de la antigua Berea, una pequeña población de Judea al noroeste del mar Muerto, de entre cuyos habitantes los creyentes, según se relata en Hechos 17, recibieron las palabras de los santos Pablo y Silas “con toda solicitud”, examinando las Escrituras para comprobar la verdad de aquello que se les anunciaba.

Harrison nos dice de sí mismo, además, que es un iniciado moderno; es decir, “aquel que ha cruzado el umbral de lo invisible”, “ha conocido la región del más allá” y, en esto estriba su modernidad, ha ordenado sus experiencias “mediante el proceso ordinario y el sentido común de la clasificación intelectual”.

Y de entre lo que no afirma abiertamente pero podemos deducir, es evidente que fue una persona con acceso a información privilegiada, no sólo de naturaleza esotérica, sino también geopolítica, y que fue cercano al o parte del *establishment* inglés, como se comprobará más adelante en estas páginas preliminares.

Ya al inicio de *El universo trascendente* se advierte el carácter progresista del autor en lo relativo a lo esotérico, en cuanto su posición es, contrariamente a la de los ocultistas de idiosincrasia conservadora, tendiente a la revelación de parte de aquello que hasta el momento, y durante siglos, se había considerado secreto, no apto para la divulgación pública. Harrison juzga la regla que prohíbe dicha revelación como “prácticamente obsoleta” y, a pesar de no haber sido “siempre capaz de alcanzar un acuerdo” con aquellos que le han ayudado a conceptualizar su conocimiento, obtenido “mediante los métodos ocultos reconocidos”, respecto a “cuánto es prudente revelar”, indica sin ambages que el remedio ante el descontento gestado a la sombra del agnosticismo es, como quería Goethe, más luz y no más ignorancia.

No es, por tanto, sorprendente que sea en este libro donde se realizan aseveraciones que ningún otro autor había sostenido antes y que, a partir de su publicación, pasan a ser parte del saber exotérico y comienzan a aparecer en otros pensadores, iteradas o con leves modificaciones. En esto reside parte de su grandeza.

En contra de la visión materialista de la historia, Harrison afirma que los grandes movimientos del mundo externo tienen origen en conflictos librados y resueltos en lo alto. “¿Fue Lutero la causa de la Reforma?”, se pregunta. “En cierto sentido lo fue, sin duda. Pero si Lutero hubiese nacido en el siglo décimo, hubiera vivido y muerto como un monje desconocido. Por otro lado, el siglo dieciséis no podría haber transcurrido sin alguna gran convulsión religiosa. Los hombres no causan el *zeitgeist*, cooperan con él. Todos los grandes movimientos en el mundo externo son el resultado de batallas, libradas y vencidas, en la región espiritual”. En este sentido y por vez primera en toda la literatura se señala el año 1879 como aquel en que los ejércitos de la luz, liderados por el arcángel san Miguel, derrotan a los de la oscuridad, comandados

por Belcebú y Mammón, tras tres o cuatro décadas de lucha, inaugurando una era nueva en la tierra.

En esta obra, también de manera inaugural, se analizan las revelaciones de Helena Petrovna Blavatsky y la literatura teosófica a la luz de la fe y el credo cristianos. El inmenso caudal orientalista que manó hacia fértiles occidentales tras la publicación de *La doctrina secreta*, violenta reacción contra el materialismo soez de la época, supuso en palabras de Harrison “un recrudescimiento del gnosticismo, un verdadero renacimiento del pensamiento alejandrino en el siglo diecinueve” y a la par “una religión nueva y falsa, con engañosas pretensiones de catolicidad”. En opinión del ocultista inglés, el objetivo de Blavatsky no fue otro que el de “establecer una Iglesia católica rival”. Sin embargo, con espíritu bereano, nuestro autor propone que “en lugar de denunciar a la teosofía como falsa y anticristiana” se haga un esfuerzo “en determinar cuánta verdad contiene”, mostrando “no sólo un espíritu más razonable, sino más cristiano”. Al fin y al cabo, y siempre según Harrison, la teosofía, o resurgimiento contemporáneo del gnosticismo, no es asunto baladí y merece ser considerado seriamente. Su “gran fuerza” se basa “en el hecho de que es un sistema coherente. Es una cosmogonía, una filosofía y una religión”. Además, sus partidarios se hallan entre la minoría “pensante” de la sociedad. Sin embargo, según su criterio, el sistema teosófico no hace justicia al cristianismo. Esta obra parte del intento de corregir esta injusticia, real o percibida, pero como se verá sus propósitos son más amplios.

La otra vertiente de la crítica que Harrison hace de la teosofía, relacionada con la primera -la dirigida contra el anticristianismo teosófico-, tiene que ver con la supuesta manipulación de Blavatsky por parte de oscuros personajes de moral dudosa e intereses partidistas. En un tono menor, también se incide en la falta de disciplina intelectual y objetividad en el tratamiento del contenido de *La doctrina secreta*, puesto que la médium de origen germanorruso no era una intelectual, a pesar de todos sus dones, y su obra adolece de falta de rigor, lo que suscitó las críticas no sólo de los nuevos bereanos sino de autores como Guénon, Soloviev y otros.

Harrison analiza, pues, las enseñanzas teosóficas a la luz de

la fe cristiana, considerando que el cristianismo moderno ha fracasado en su respuesta a las “necesidades intelectuales de nuestro tiempo”, sobre todo porque aún es víctima del axioma equivocado que postula que “la Escritura judía es, en sí misma, una revelación completa, y que el don de la inspiración divina se restringió a una gente y a un periodo de la historia del mundo”, cortedad de miras que es “completamente extraña al espíritu del cristianismo”, puesto que “toda verdad es herencia de la Iglesia católica”. Así pues, *El universo trascendente*, imbuido del espíritu bereano, se propone “examinarlo todo y retener lo bueno, venga de donde venga”. Se trata, en fin, de que el torrente teosófico fertilice y no anegue la tierra occidental, cultivada durante siglos por el cristianismo.

Es esta en sí misma una obra valiosa, más allá de la crítica a la teosofía, debido a su profundidad teológica. Analiza de manera exquisita la evolución de la idea de Dios a través de los estadios sucesivos del politeísmo, panteísmo y antropomorfismo y argumenta cómo la doctrina de la Trinidad reconcilia estas cosmovisiones en una unidad sintética. Buena parte de sus esfuerzos, como se ha expuesto, se dirigen a corregir ciertos presuntos errores de la teosofía, armonizando parte de sus revelaciones con la teología cristiana y, por otro lado, a descubrir las vicisitudes ocultas en la génesis de la Sociedad Teosófica. Este texto alumbrará por primera vez o de forma renovada enseñanzas que resultarán de interés a todo lector de habla hispana que, en el espíritu del cristianismo originario, sea capaz de evaluar nuevas o antiguas verdades sin las ataduras del prejuicio dogmático. Entre ellas, la importancia del número siete, el porqué de su perfección y las muestras de su periodicidad en procesos espirituales, anímicos y físicos; la naturaleza de la iniciación; la reelaboración del antiguo axioma que define el microcosmos como copia del macrocosmos; la revalorización de y la profundización en la angeología dionisiana; la figura del morador del umbral y las originales teorías, que divergen de lo comúnmente entendido acerca de la creación, el pecado original, la caída, el origen y sentido de la iniquidad, el libre albedrío, la redención de la carne y el sacramentalismo.

La compaginación de teosofía y cristianismo es, como se ha

dicho, sumamente novedosa. Por tanto, esta es una obra que probablemente ejerció cierta influencia en el desarrollo de la literatura antroposófica, como se expondrá detalladamente en el apéndice. Pero no sólo por la centralidad que en estas páginas asume la figura de Cristo -en el futuro, afirma Harrison, “las palabras de san Pablo, ‘no yo sino Cristo en mí’, expresarán entonces la más alta forma de actividad mental, o la razón divina manifestándose a través de la razón humana”-, sino por su esencia racional, común a la ciencia espiritual o antroposofía: no en vano, como ya se ha mencionado, en estas páginas se incide en que el iniciado moderno ordena por medio del intelecto un conjunto dado de experiencias suprasensibles, alejándose así de los ancestrales métodos religiosos que abogan por una anulación o adormecimiento de la conciencia racional.

## II

Para aún demasiadas personas todo aquello relacionado con el espíritu provoca un rechazo instintivo. Las razones son múltiples y no se hallan precisamente entre las menos importantes el enorme retroceso cultural provocado por las dos guerras mundiales y la manipulación ejercida por medio de la propaganda mediática. Un análisis del porqué de la agresiva política de desacralización del mundo desbordaría con mucho el marco que conforma esta introducción, y seguramente meritara un tratado dedicado de forma específica. Sin embargo, y esta obra es testimonio de ello, las maniobras en la sombra de ciertas sociedades secretas, que conociendo el mundo de las causas trabajan en pos de su ocultamiento en el ámbito cultural -en la ciencia, el arte, la educación, la religión- y el recrudescimiento del nacionalismo, cuya más notoria consecuencia es la guerra global, se encuentran entre sus motivos fundamentales.

A fin de enriquecer la lectura de *El universo trascendente* se invita a aquellos lectores que carezcan de familiaridad con la literatura teosófica a acercarse a ella por sí mismos y libres, en la medida de lo posible, de prejuicios. De éstos tenemos de sobra hoy -tanto

como nos falta coraje intelectual. Una literatura que ha de entenderse en el contexto de un siglo, el diecinueve, que condujo a los hombres a las cotas más álgidas del materialismo. Fue el siglo en que, como apunta Harrison, los científicos llegaron a afirmar con seriedad “que la diferencia principal entre un hombre y un mono es que el fósforo aparece en mayores cantidades en el cerebro del primero”. Frente a los “Spencers, Huxleys, teólogos ‘ortodoxos’ y economistas políticos” se hallan los Crookes, Keely, Tesla, Tolstoi, “pioneros de la era naciente”, una era que ha de franquear los límites agnósticos. De Tolstoi y Keely, dice que “ambos compartirán el destino de los hombres nacidos un siglo demasiado pronto, a saber, vituperación, persecución y fracaso”. La condena pública no parece haberse cumplido en el caso de Tolstoi, aunque cabría preguntarse si se ha hecho una lectura espiritual o llanamente moral de sus obras. En el caso de Keely, con razón o sin ella, desde luego ha sido así: nuestra época le considera un impostor.

En aquel estado de cosas, que bien podríamos caracterizar con aquella terrible sentencia de Kurt Virchow, “he diseccionado muchos cuerpos, pero jamás he encontrado un alma”, irrumpe la obra de Blavatsky, una revolucionaria que rompió con siglos de secretismo en el ámbito del conocimiento espiritual. No hay que olvidar la enorme influencia que las literaturas teosófica y antroposófica han ejercido sobre la cultura contemporánea. El influjo de sus formidables revelaciones, erigidas contra fuerzas como el utilitarismo, el darwinismo y el materialismo, fue clave en artistas visuales tan notables como Hilma af Klint, Vasily Kandinsky, Piet Mondrian, Paul Klee, Kazimir Malevich, Laszlo Moholy-Nagy, Franz Marc, Arnaldo Ginna, Max Beckmann, Van Doesburg, El Lissitzky, Luigi Russolo, František Kupka o Herbert Bayer, entre otros. Puede decirse, sin temor a equivocarse, que la teosofía es la fundación del arte moderno de naturaleza abstracta, o concreta, como diría Kandinsky. Hilma af Klint, la pionera del movimiento, perteneció a la Sociedad Teosófica, materializó sus enseñanzas en su práctica artística y, más tarde, buscó consejo en Rudolf Steiner, quien le sugirió que abandonase el método mediumnístico, automático, en favor de una praxis que surgiese de una conciencia plena. El libro

*Thought-forms* (Formas-pensamiento) de Annie Besant, publicado en 1901 en Londres, fue una obra fundamental en el desarrollo del arte no figurativo. La composición de un ensayo como *De lo espiritual en el arte* de Kandinsky y la obra teórica de Klee sólo se tornan posibles a partir del conocimiento teosófico.

En el ámbito musical (la música es, en palabras de Harrison, el “arte moderno, tal y como la pintura y la arquitectura fueron las artes de la Edad Media y la escultura de la antigua Grecia”), la teosofía influyó en grandes compositores como Anton Webern, Arnold Schoenberg, Alban Berg, Alexander Scriabin, Gustav Holst, Olivier Messiaen, Karlheinz Stockhausen, etcétera.

En lo que respecta al mundo literario, el corpus teosófico inspiró a autores de la talla de Rubén Darío, James Joyce, Ezra Pound, T. S. Eliot, W. B. Yeats, Franz Kafka, Karl Wolfskehl, Christian Morgenstern, Leopoldo Lugones, G. W. Russell, J. R. R. Tolkien, G. R. S. Mead, Hermann Hesse, Michael Ende y otros.

En arquitectura, K. P. C. de Bazel, J. L. M. Lauweriks, Rudolf Steiner, Marcel Breuer, H. P. Berlage, Peter Behrens, Walter Gropius, Le Corbusier y Mies van der Rohe se encuentran entre aquellos cuya obra fue alentada por el impulso teosófico y/o antroposófico. Es también conocida la influencia que la antroposofía ejerció sobre artistas conceptuales como Joseph Beuys.

Mas la influencia de la teosofía no se limita sólo al mundo del arte; la obra de autores como Gurdjieff o Valentin Tomberg; el reavivado interés en y la renovación del hermetismo y los estudios cabalísticos o el florecimiento de una multitud de diversas corrientes espirituales, incluidas aquellas agrupadas con el nombre de *new age*; las empresas de diálogo ecuménico e interreligioso; ciertos intentos de reconciliación ideológica entre oriente y occidente y la superación del eurocentrismo en diversos ámbitos de estudio y expresión están, en mayor o menor medida, en deuda con H. P. Blavatsky.

Que la teosofía es, pues, una de las piedras angulares de la civilización contemporánea es innegable; que no se le otorgue el mismo valor que a otras corrientes no se debe sino a los prejuicios materialistas que aún, con su honda sombra, dominan nuestra

época. Que académicos y críticos de arte, cuyo pensamiento será condenado a la irrelevancia por la historia, descarten los cimientos esotéricos de una parte fundamental de la cultura moderna, no es sino un síntoma de la *hibris* con que este tiempo ensalza las voces del mediocre, y la constatación de que los tabúes y las preferencias personales nublan todo intento de objetividad en un número aún excesivo de personas.

Así, no seremos nosotros quienes neguemos cuánto se le debe a H. P. Blavatsky. Según Rudolf Steiner, cuyo criterio parece coincidir en este punto con el de Harrison, la principal razón por la que la teosofía de Blavatsky “se extravió”, se debe a que “desde el inicio los intereses de una porción de la humanidad -no la inglesa, sino la india- se establecieron por encima de los intereses de la humanidad en su conjunto”. (*Der Dornacher Bau Als Wahrzeichen Geschichtlichen Werdens und Kuenstlerischer Umwandlungsimpulse*, GA 287). Sea como fuere, si la *fable convenue* que es la historia se aviene justamente, la figura de Blavatsky no hará sino agrandarse y sus errores, si existen, no serán óbice a esta grandeza. Además, si las tesis de Harrison y Steiner son correctas, dichos errores fueron causados, sobre todo, por la manipulación de agentes externos sin escrúpulos que perseguían intereses egoístas. Y serán, por tanto y como se quiere al final de esta obra, perdonados.

### III

Como comprobará el lector a lo largo de este libro, el autor da por consumada la decadencia de la cultura y naciones latinas, basándose en la evolución de épocas, razas troncales y subrazas expuesta por la literatura teosófica. Considerando que este tema será de especial interés para el lector de habla hispana, subrayamos algunos conceptos que cotejaremos en detalle con la literatura antroposófica en el apéndice final.

La teología latina, de acuerdo con Harrison, está “basada en el imperialismo” y “elaborada de acuerdo a los principios de la jurisprudencia romana”. Es, en su naturaleza, incompatible con la libertad religiosa, puesto que está impregnada de legalidad. Así,